



**Homilía**  
**Apertura Año Jubilar**  
**Centenario de la Coronación Canónica Virgen de la Montaña**

Queridos hermanos:

Mis primeras palabras quieren ser sobre todo de agradecimiento en este día tan importante. Gracias a Dios por estos cien últimos años de su Madre como Reina en Cáceres. Y agradecimiento a todos los que han venido a participar en esta Eucaristía que da inicio a las celebraciones con motivo del primer centenario de la coronación canónica de la Virgen de la Montaña. Agradezco la presencia de los sacerdotes, el vicario general, el deán y el cabildo, los párrocos de la ciudad, los religiosos, religiosas y personas consagradas al Señor, de los diáconos y seminaristas, de las asociaciones, cofradías, movimientos... De manera especial agradezco el esfuerzo de todos los que se han implicado en la organización de los actos del centenario. Gracias muy especiales a la Cofradía de Nuestra Señora de la Montaña y, en la persona de su mayordomo y de la junta directiva, a todos los hermanos, que cuidan y promueven la devoción y el culto a la Virgen María desde la fundación de la Cofradía, de la que se cumplen ahora 400 años, cuatro siglos desde que se erigió la primera ermita y se encargó la primera imagen de nuestra Patrona. A lo largo del este año jubilar la Cofradía nos hará vivir momentos intensos de celebración y de comunión en torno a esta imagen coronada. Además de las peregrinaciones individuales o por grupos a los dos templos jubilares, la Cofradía quiere que la Virgen salga al encuentro de los niños, de los jóvenes, de los enfermos, los ancianos, las religiosas contemplativas, los presos, que vaya a las parroquias más alejadas. Y que todos aquellos que, por uno u otro motivo, no puedan o les resulte más difícil ir a visitar a la Patrona, sea ella quien vaya a verlos. Desde aquí quiero saludar también a los que siguen esta celebración por los medios, de manera especial a los ancianos y a los enfermos, en sus casas, en las residencias o en los hospitales. Que la Virgen María sea fuente de esperanza y de consuelo.

Quiero dirigir un saludo muy respetuoso y agradecido a las autoridades que están aquí en nombre propio, pero también en nombre de la ciudad de Cáceres, de la sociedad civil y de las instituciones que representan: el ilustrísimo Sr. Alcalde de Cáceres y miembros de la corporación municipal, la Excelentísima Sra. Presidenta del Tribunal Superior de Justicia de Extremadura, la ilustrísima Consejera de Hacienda y Administración pública de la Junta de Extremadura, el ilustrísimo Sr. Subdelegado del Gobierno en Cáceres, ilustrísimo sr. Coronel jefe del Cefot número 1 de Cáceres, el ilustrísimo señor Delegado del Parque Móvil y talleres de la Excma. Diputación provincial de Cáceres.

Su presencia es muy significativa. Quisiera decirles que la conmemoración de este Centenario, supera lo estrictamente religioso; más que una fiesta de la Iglesia, lo es de la ciudad entera, la fiesta de su patrona, del emblema, del santo y seña de



todos los cacereños. La Virgen de la Montaña es escudo protector y bandera triunfadora de Cáceres. En una mirada retrospectiva a nuestra historia, llama la atención, cómo la relación de la Virgen de la Montaña con nuestra ciudad se ha fraguado en el Concejo, en la ciudadanía, que ha tenido un papel protagónico desde el principio en la adopción de la Virgen de Montaña como patrona y como reina, por delante de cualquier declaración oficial de la Iglesia. Prueba de ello es que la adquisición de la venerada imagen y la confección de su preciosa corona, cuyo cuarto y primer Centenario respectivamente conmemoramos, se realizaron mediante suscripción popular y con donativos de las personas particulares o de las instituciones públicas y privadas. Por eso, deseo agradecer de corazón la presencia institucional en esta efeméride no como un simple apoyo o una colaboración, sino como una participación por derecho propio, no son invitados sino anfitriones.

La Virgen María de la Montaña ha unido y hermanado a todos los cacereños durante 400 años, su presencia ha sido un llamamiento continuo a la concordia, a trabajar por el bien común, especialmente de los más desfavorecidos.

Si pensamos en nuestra historia a lo largo de estos últimos cuatro siglos y, especialmente, de los cien años finales, casi podríamos atrevernos a decir que nada es como antes, y que nuestros antepasados no hubieran podido imaginar las vueltas que ha dado el mundo. La Virgen de la Montaña ha visto surgir y desaparecer sistemas políticos muy diferentes, ha sido testigo de conflictos y guerras que nos ha hecho retroceder; nos ha alentado para seguir adelante; se han sucedido cambios culturales y sociales profundos; han nacido y han desaparecido ideologías y modas siempre novedosas. La Iglesia también ha cambiado mucho durante este tiempo: su manera de estar en el mundo y de anunciar el evangelio se ha ido adaptando a una sociedad secular, a la que ofrece con respeto y diálogo la mejor noticia que hemos recibido: el amor de Dios que nos crea y nos salva.

A pesar tantos cambios, hay algunos puntos fijos que permanecen estables y nos unen con las generaciones anteriores y nos unirán con las futuras, y estos jalones señalan una línea de continuidad y de identidad en un pueblo. A lo largo de estos cuatro siglos, la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Montaña, ha estado siempre presente, como punto de encuentro y motivo de esperanza. Incluso en los momentos de mayor hostilidad y de mayor desaliento, desde su montaña, ella ha iluminado nuestra ciudad, como un faro en medio de la oscuridad para que no perdamos el norte en la vida.

Esta es la idea que ha querido recoger el lema del centenario: “Ha hecho por í obras grandes”. Estas pocas palabras son el evangelio de la Virgen María. Igual que Jesús salió por los caminos de Israel a anunciar la buena nueva diciendo: “El reino de los cielos está cerca, convertíos y creed en el evangelio”, ese reino en el que los primeros serán los últimos y los servidores de todos, y en el que el mismo Jesús es el camino, la verdad y la vida. Del mismo modo María, se



levanta y se pone en camino, como cuando fue a visitar a su prima Isabel, y nos dice: Mirad mi imagen coronada y vestida de gloria. El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; y también las hará por vosotros; como me veis a mí, también os veréis vosotros, porque la misericordia que el Señor ha tenido al fijarse en la humildad de su sierva, llega de generación en generación a todos sus fieles. El Señor dispersa del trono a los soberbios de corazón y enaltece a los humildes.

Cada vez que miramos a la imagen de María con devoción es esto lo que nos predica, lo que nos inspira, y despierta dentro de nosotros los mejores sentimientos de humildad, de paz, de familiaridad, de servicio a los demás. Con solo mirar a su imagen pequeña, nuestro corazón cobra fuerzas para perdonar y para pedir perdón, para superar las piedras del camino y seguir adelante, porque nuestro destino está con ella en el cielo.

Si renovamos nuestra devoción y nuestro amor a la Virgen de la Montaña, este centenario nos ayudará a afrontar el futuro con esperanza, apoyados en el pilar que es la Virgen María. A veces mirar al mañana nos causa inseguridad y temor por las dificultades y las crisis recurrentes que seguramente llegarán: por las catástrofes o desgracias, por las guerras que estallan en el mundo, por los problemas económicos, por los conflictos familiares, por las posibles enfermedades, por tantos imponderables que pueden surgir en nuestra vida... que a veces nos invitan a rendirnos y no luchar. Nuestra historia personal y comunitaria se compone más de retos más que de logros; de proyectos más que de realizaciones, pero si no afrontamos los retos, no conseguiremos los logros. Las generaciones pasan muy rápido y no podemos dejarnos llevar por el desaliento, el miedo, o la desconfianza. Por eso este Centenario es una apuesta de futuro: tenemos un futuro común en el que estará la Virgen de la Montaña con nosotros; y es también un ofrecimiento, una renovación de la consagración de este pueblo a su Madre, confiando en ella, en su intercesión y en su consuelo, para vivir unidos y en confianza.

+ Jesús Pulido Arriero

Obispo de Coria-Cáceres